

»decible, que se reflejaba exteriormente. Se diría que había »resucitado. Y era tan grande aquella alegría, que todos parecíamos ebrios de amor de Dios». El P. Berro dice: «Estábamos tan contentos que parecíamos locos, y tan consolados »que se nos hubiera creído en medio de fiestas y cantos». Y declara el P. Dominici: «Antes que muriera, tenía yo pena in»decible; pero apenas espiró, sentía aliviado el corazón, y que »había pasado toda tristeza».

La vista del santo cuerpo de José aumentaba aquella alegría: «De repente se coloró su semblante apareciendo más hermoso que en vida: se podía decir que estaba en éxtasis, ó que »dormía un sueño tranquilo. Era tal la postura del cuerpo que »parecía vivo: se comprendía que había sido templo de un alma »santa. Los ojos brillaban con vivo resplandor, como los rayos »del sol». Reproducimos los mismos términos de las declaraciones. No se cansaban de contemplarle sus hijos. Primero, arrodillados todos, rezaron las preces del Ritual Romano de tanta verdad en aquellas circunstancias. *Subvenite, Sancti Dei, occurrere Angeli, suscipientes animam ejus, offerentes eam in conspectu Altissimi*. El Superior, P. García, encargó á algunos que le prestasen los últimos oficios, y que todos los demás se acostasen; y á pesar de sus deseos, obedecieron todos al punto, no queriendo ninguno desobedecer ante los restos de su Padre. Otros fueron enviados al Noviciado del Borgo y al Colegio Nazareno, para anunciar la muerte, haciendo que acudiesen los Padres á San Pantaleón para disponer con su consejo el orden de las exequias.

Los Padres señalados para los últimos deberes fueron testigos de dos hechos maravillosos. Quitaron las sábanas que habían cubierto el cuerpo del Santo durante los veinticuatro días de su enfermedad, y á pesar de todos los emplastos, de todas las fricciones y unturas, que se le habían aplicado, estaban tan blancas como si jamás hubieran servido, y exhalaban un olor tan suave como el de las rosas de mayo. Lavaron el cadáver, no porque tuviera necesidad—le había dispensado el Señor de todas las humillantes debilidades de los últimos momentos, y estaba enteramente limpio—sino porque era costumbre de aquel tiempo, y lo había ordenado expresamente el Santo previendo quizá aquel milagro. Dispusiéronse á quitarle la ropa interior, pero el muerto aplicó inmediatamente la mano derecha para cubrirse: retiraron con cuidado aquella mano, y aplicó la mano izquierda, y no pudieron levantarla hasta que le pusieron los calzoncillos. Quería manifestar Dios de aquella manera el pudor virginal de toda la vida de su siervo, que hasta después de muerto se manifestaba tan pródigo de modestia. Una vez vestido, quisieron tomar la mascarilla de su rostro para conservar siempre sus venerables rasgos. Muchas veces habían querido hacer su retrato sus queridos hijos, pero su humildad había desbaratado siempre sus más ingeniosos artificios. Al fin de su vida habían llamado á los más célebres pintores, como al del Duque

de Saboya y á otros dos del Papa Inocencio X: ninguno había conseguido hacerlo, porque José jamás consintió en sentarse. La mascarilla quedó perfecta, y ha servido de molde para las que después se hicieron, y que se conservan todavía. El Gran Duque de Toscana, Fernando II, y su hermano, el Cardenal Leopoldo de Médicis, muy aficionados al Santo, y constantes Protectores de la Orden, quisieron tener un ejemplar. Con aquella mascarilla un hábil pintor, que había conocido al Santo, hizo el retrato que conservan todavía los Padres, y que por los modernos procedimientos hemos reproducido al frente de esta obra. Pasa por el más perfecto y el más parecido de todos. En seguida se le puso el hábito religioso, y se le vistió con los ornamentos sacerdotales.

Pronto llegaron los Padres Castelli y Scasellati. Superiores del Noviciado y del Nazareno, que con el P. García, Superior de San Pantaleón, y algunos otros Religiosos de los más antiguos, fijaron el orden de las exequias. Siendo aquel día, 25 de agosto, fiesta de San Bartolomé Apostol, decidieron que se expusiera el cadáver en el Oratorio. Se convino en que se tuviera oculta la muerte hasta el siguiente día, y que asistiera solamente el Cardenal Vicario, Superior de las Casas de Roma desde el terrible Decreto de 1646. Enviáronse tres Hermanos á las tres Casas más vecinas, Frascati, Poli y Moricón, para que pudieran asistir los Padres á la traslación del cadáver á la Iglesia de San Pantaleón y á los funerales. El P. Baldi propuso que se cantase la misa con música, según la costumbre tan común entonces en Roma; comprometiéndose á encontrar suficiente número de músicos que asistirían por pura caridad. Convinieron todos, pero con la condición de que se evitaría toda pompa y todo ruido, para no lastimar la pobreza y la modestia, virtudes tan queridas del santo General, y también para no ofender con exceso de solemnidad al que lo había humillado y oprimido tanto.

El Hermano Castello, enfermero de la casa, propuso que se hiciera la autopsia que parecía que había pedido el Santo. Estaban ya preparados los médicos Castellani y Pergnani que le habían asistido, y para ayudarles habían llevado consigo al cirujano Antoni. La fijaron para después de medio día. El P. Berro fué enviado al Cardenal-Vicario, Eminentísimo Ginetti: «Estoy »desconsolado, le dijo, por la muerte del P. General; mas espero »tener en el cielo un Protector que rogará por mí, porque siempre lo he considerado un Santo. Ahora goza él de sus fatigas y »de la paciencia con que ha sufrido tantas persecuciones, sin »quejarse jamás de nadie, atribuyéndolo todo al demonio y no »á los hombres. La Iglesia ha tenido gran pérdida con la muerte de un hombre tan grande.»

Depositado el cadáver en el Oratorio, se celebró una misa rezada de *Requiem*, y los Padres velaron por turno.

No pudo guardarse mucho tiempo el secreto que se había prometido. Creyéndole vivo todavía acudían á recibir su ben-

dición, y al entrar y hallarse con el cadáver, muchos se arrodillaban para obtener las gracias deseadas. Pronto fué tan grande la concurrencia, que hubo necesidad de cerrar las puertas del Oratorio, haciendo salir á cuantos habian entrado, temiendo que hubiera algún tumulto. Quedó entonces el cuerpo en posesión exclusiva de los Religiosos que no podían separarse de él. Después de comer ordenó á todos el Superior que fuesen á tomar la siesta, costumbre general en Italia; sólo quedaron algunos para preparar lo necesario para la autopsia en una habitación próxima, sin tener noticia los demás. Ocho Religiosos asistieron á la operación ejecutada por los dos médicos y el cirujano ya nombrados con otro llamado Berlinzani. Fué llevado el cadáver á la habitación rodeado de antorchas. Castellani, el más antiguo, y el más afamado de los prácticos de Roma, se arrodilló, rezó una oración, y abriendo después el cráneo, extrajo el cerebro, mientras que el cirujano sacaba los intestinos, el bazo, el hígado, el corazón y la lengua, partes que por la permisión de Dios se habian de conservar intactas en el transcurso de los siglos. El hígado, centro de la enfermedad, que debiera haberse hallado destruido después de tantos padecimientos morales y físicos, estaba intacto con gran sorpresa de todos, pero era más pequeño que de ordinario y estaba todo unido. Por el contrario, era muy grande el corazón que tanto había amado á Dios y al prójimo: salió de él gran cantidad de sangre roja y brillante, como si todavía estuviera en un cuerpo vivo, con no pequeña sorpresa de los médicos. Todos humedecieron en él pañuelos y lienzos blancos, conservándolos como reliquias. En las entrañas se encontró un gran puñado de cal que se conserva todavía en su celda. Después de llenar de hojas de laurel y de mirto las cavidades abdominales, se arregló el cadáver, y se le volvió á vestir.

Entre tanto, el despertador tocó la campana al terminar la siesta, y todos los Religiosos acudieron al Oratorio. Ya no estaba el cadáver: todos prorrumpieron en llanto, y oyendo ruido en la pieza próxima, amenazaban con forzar la puerta. Salió para calmarlos el Superior del Nazareno. «Tengan paciencia, »les dijo, nadie puede entrar aquí mientras la autopsia; pronto »se llevará á su lugar». A la tarde, en efecto, fué trasladado al Oratorio, cuya entrada no pudo negarse á muchos Prelados de alta categoría, discípulos ó amigos de José. Hubo necesidad de que interviniese el Superior para obligar á los Religiosos, aniquilados por el cansancio y la emoción, á irse á acostar, y él y el P. Caputi solos velaron el cadáver toda la noche.

El miércoles, 26, habían llegado los Religiosos de las tres casas de fuera de Roma, y con los del Borgo y Nazareno fijaron la traslación para las seis de la mañana. Querian que se dieran los toques ordinarios de agonía con la campana de la iglesia; pero lo hizo prohibir el P. Orsini que estaba enfermo, y vivía muy próximo, porque le molestaba mucho el sonido de aquella

campana. Permitió Dios para anunciar de otro modo la muerte de San José. El acompañamiento se componía de los alumnos del Colegio Nazareno, de los Novicios y de los Padres de las Casas de Roma, y de las tres próximas. Oficiaba el P. García en calidad de Superior. Hubo santa emulación por llevar el cadáver, pero se resolvió la cuestión en favor de los que eran entonces Superiores, y de los Religiosos más antiguos. Salió la procesión por la plazuela de San Pantaleón, y dando la vuelta, entró por la puerta interior que era la mayor, situada cerca del Palacio de los señores Mássimi: la puerta falsa daba á la plaza de los Colchoneros, en la calle Papal. No existe hoy esa distribución de puertas, después de reedificada la iglesia de San Pantaleón. Se depositó el ataúd en medio de la nave sobre un caballete cubierto de paños negros con cuatro cirios de cera blanca en los extremos. Quedaron para guardar el cadáver los Padres Berro y Caputi; los otros rezaron solemnemente el oficio de difuntos en el coro. No había entonces en la iglesia más que un señor Magalotti, y un niño de cinco años: estaba muda la campana, como hemos dicho ya. Pero en el momento en que entraba el cadáver, agitado por un movimiento interior, comenzó á correr el niño gritando con todas sus fuerzas: «¡El Santo! ¡el Santo!» Después de tantas humillaciones, quería Dios que llegase el día de la glorificación. Por un milagro extraordinario, los gritos de aquel niño fueron oídos en toda la ciudad de Roma, y la concurrencia fué inmensa al momento. Mas pronto se oyeron por todos lados voces más estrepitosas, las de los innumerables prodigios que obraba el siervo de Dios. Sus humillaciones habian sido inmensas, sus persecuciones inauditas; pero había de superarlas la justificación que hacían los milagros, y sólo treinta horas después de muerto, lo canonizaba ya la voz pública. Una viuda romana, Catalina de Alejandra tenía paralizado el brazo derecho. Pasó por San Pantaleón para abreviar el camino, y quedó asustada al ver expuesto el cadáver de José: siempre lo había mirado como á Santo. Llena de confianza en sus méritos levantó con la mano izquierda la derecha, y la apoyó en los venerados pies: sintióse curada al punto, y como loca iba gritando por la calle: «¡Milagro! ¡milagro! El santo General está muerto, expuesto en San Pantaleón, y me ha curado». Aumentaba por momentos la concurrencia: llegaron los primeros los alumnos del Colegio Germánico, dirigido por los Padres Jesuitas. Al terminar el Oficio, no podían pasar los Padres á causa de la aglomeración de gentes. Añadiéronse dos guardas á los dos primeros, y no pudiendo los cuatro resistir á aquel torrente, se pusieron seis, después ocho; mas todo fué inútil. Mgr. Scannarola muy célebre entonces, y Mgr. Pichi, Arzobispo de Analfi, estaban asombrados ante aquel concurso inaudito. Muy sabio él, dijo á uno de los Padres: «Cierto que todas las cortes de Roma y todas las ciudades honran como un Santo al P. General. ¡Qué lástima que no haya sido más sabio,

y hubiera sido más conocido!» Cuando supo que Calasanz era muy sabio, que era Doctor en todas las ciencias, acostumbrado al manejo de toda clase de negocios, pero hecho sencillo por amor de Dios, y para instruir á la juventud, llegó al colmo su admiración.

Pudo contenerse bastante bien al pueblo durante la Misa cantada y el responso, si bien los sagrados ministros trabajaron no poco para romper aquellas filas compactas; pero, terminado el oficio, la muchedumbre se dejó llevar de los más tiernos afectos de su devoción. Todos querían besarle las manos y los pies, tocar sus rosarios, coronas y medallas que guardaban después como reliquias. Una Señora que sufría violentos dolores en un brazo, de modo que no podía vestirse sólo, besó los pies del cadáver, y quedó sana. Compró inmediatamente gran cantidad de rosas, jazmines y otras flores con que llenó el delantal y las echó sobre el venerando cadáver: en un abrir y cerrar de ojos las arrebató la muchedumbre. Y como si la voz del niño se hubiera escuchado en todas las calles, de todas las calles salía un eco: «Ha muerto el Padre santo, ha muerto el Padre santo, vamos á San Pantaleón á ver al Padre santo». Pronto se elevó la cifra á más de seis mil personas: llenaba las plazas y las calles que rodean la Iglesia, obstruidas ya por las carrozas de los Principes, de los Prelados y de las Señoras, que acudían todos á la vez. Para que no fuese echado por tierra y pisado el cadáver, se colocaron al rededor diez, más tarde doce, y después quince Religiosos: todo era insuficiente. Se hizo una barrera con grandes bancos que tenían altos respaldos: fué impotente. Por fin tuvieron que apelar los Padres á la guardia corsa que estaba á servicio del Papa. Por toda la Iglesia se oían constantemente los gritos; ¡Milagro! ¡milagro! cuando tenía lugar alguna curación.

Y cosa verdaderamente increíble. Ante aquellos prodigios todavía tuvieron valor los enemigos de José para hacer oír su voz discordante: no los nombran los historiadores, dejémoslos en sus sombras sin levantar el velo transparente que los cubre. Dirigieron una carta á Mgr. Vicegerente, diciéndole que, habiendo muerto el Fundador de las Escuelas Pías hacia más de veinticuatro horas, se habían negado los Padres de S. Pantaleón á darle sepultura, contrariando las leyes, persuadiendo á la muchedumbre que su Santo había de hacer milagros. Sería prudente ordenar que se le diese sepultura cuanto antes. Indignado el Prelado, exclamó: «¿Y es posible, Dios mio? está muerto, y continúan persiguiéndolo». Y echó con ira á aquellos envidiosos del triunfo póstumo de su víctima.

Entre tanto, aumentaba siempre la concurrencia, confundiéndose en una misma devoción todos los sexos, todas las edades y todas las condiciones. Todos querían tocar siquiera los vestidos que cubrían el venerando cadáver. Pronto se hizo indiscreta aquella devoción, y todos querían como reliquia algún pedazo de sus vestidos. Don Orsini le tomó el bonete, poniéndole otro, que

M^o BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

En la muerte de S. José de Calasanz pone el Gobierno guardias para contener la multitud, que acude al santo cadáver.

fué cambiado muchas veces aun por los mismos Prelados: todos se permitían aquellos piadosos hurtos. La esposa del Embajador de España le tomó el rosario, cambiándolo por el suyo que era de gran valor: y las de los Embajadores de Saboya y Florencia obtuvieron con muchas instancias un rosario y una corona que había usado en otro tiempo. Le cortaban pedazos de la ropa exterior y aun de la interior, y si no le hubieran compuesto y cosido cuatro veces los vestidos exteriores en aquella mañana, y aun cambiado los interiores, pronto hubiera quedado despojado enteramente su cuerpo. Le cortaban los zapatos quedando los pies descalzos, y pedazo por pedazo se llevaron el paño que cubría el ataúd en que descansaba el cadáver. Concluyeron por cortarle los cabellos, las cejas, la barba, las uñas y hasta la misma carne. Queriendo una persona arrancarle la uña del dedo pulgar del pie derecho, salió al punto sangre tan viva como si hubiera estado en vida. La Marquesa de Spínola y otras personas se apresuraron á recogerla en sus pañuelos.

Aumentó de tal manera la concurrencia que la muchedumbre rompió la barrera. Para substraer aquel sagrado cuerpo á la santa avidez del pueblo que acaso lo hubiera hecho trozos, ayudados de los soldados corsos los Padres, lo transportaron con dificultades increíbles al presbiterio, creyendo librarlo con la barandilla de la comunión, de fuerte madera de nogal. No pudo resistir al choque, y pronto fué destruída, corriendo varios Padres el riesgo de perecer ahogados. Trasadóse entonces á una habitación próxima á la Sacristía, sólidamente cerrada, y guardada por los soldados y por los Padres. No fué muy fácil aquel corto trayecto, teniendo que desenvainar las espadas los soldados para asustar á la muchedumbre, cuyo acto les afearon en gran manera los Padres.

Mgr. de Mássimi y su hermano, antiguo alumno del Santo, ambos Camareros del Papa, y el segundo, Cardenal más tarde, después de haber estado mucho tiempo en el coro contemplando aquel asombroso espectáculo, dijeron al Papa: «En toda Roma »no se habla de otra cosa que de la muerte del Fundador de las »Escuelas Pías; hay en la Iglesia un concurso innumerable de »gentes que obtienen constantemente gracias y milagros». ¿Qué pensaba Inocencio X de aquella glorificación póstuma? no lo dice la historia; pero por consejo de Mgr. Mássimi envió sus mejores soldados, la guardia suiza, que pusieron otra vez las barreras, haciendo colocar el cadáver en medio de la Iglesia. Situáronse algunos en las puertas para que no entrase mucha gente á la vez. Un Padre exhortaba á la muchedumbre á que tuviera paciencia: ¡Ay! Padre, hay que entrar pronto, viene detrás la mitad del Transtébere. Y era verdad; parecía que toda la ciudad acudía al rededor del venerado cadáver.

Después de semejante mañana estaban rendidos los Padres. A medio día, cerraron las puertas de la Iglesia y trasladaron el cadáver al Oratorio doméstico para cambiar por completo las